

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8120

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó leed de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Miércoles 28 de Noviembre 1888

**CURA inmediatamente toda clase de Vómitos y Diarreas (de los tísicos, de los virjos, de los niños) Cólera, Tifus, Gástricos y úlceras de estómago**

**BISMUTO DE CARO VIVAS PEREZ**

Disenterias, Vómitos (de los niños y de las embarazadas)

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

**SEDERIAS La China Lanafantasia**

**CENTRO DE NOVEDADES**

**Viñas y Sánchez**

Marina Española, 49, Cartagena

Al contado cinco por ciento de bonificación en las compras que excedan de 25 pesetas

**Lanas inglesas para caballero**

**CONFECCIONES**

**MERINOS Terciopelos ENCAJES**

## LAS CORRIDAS DE TOROS

No soy ni he sido nunca aficionado á las corridas de toros.

Pero no por ésto formaré un capítulo de culpas contra los que piensan de modo contrario.

Soy partidario de la libertad de pensar. Respeto y deseo ser respetado.

No por ésto dejaré de exponer las razones en que me fundo para no pertenecer al número de los partidarios de esas luchas sostenidas entre hombres y fieras.

Soy de opinión que las corridas de toros es una diversión bárbara, y por consiguiente indigna de la civilización del siglo XIX.

Lejos de tener la menor influencia en la educación del pueblo, embota los buenos sentimientos, y enseña al hombre á ser cruel.

No otro resultado puede dar una diversión en la que todo es crueldad, en la que á través de una bulla inmensa y de un regocijo extraordinario, el inofensivo caballo, ese animal tan noble y que tantos servicios presta al hombre, es despedazado por las astas del toro y pasea moribundo el circo, enredándosele las tripas entre sus patas; en la que los lidiadores, peones y ginetes están en un continuo é inminente peligro, y por regla general mueren en su ejercicio. Y cuenta que se tiene por mejor y más famosa corrida de toros, aquella en que más caballos quedan muertos en la arena, y más accidentes personales produce.

Si acontece que por la bravura del bicho el circo queda limpio y presenta el espectáculo de seis ó más caballos tendidos, de haber sido conducidos á la enfermería los mejores diestros, y estar los otros refugiados en los burladeros esperando á que el clarín los llame á la lidia, se doblan los aplausos, la gritería y aquella multitud de gente entusiasmada, pide á voz en grito: ¡Más caballos!... ¡Más caballos!... ¡Picadores!

¡Picadores! Y llega á tal grado el entusiasmo del público, que si por desdicha la autoridad que preside la Plaza, hace la señal para que empiece la suerte de banderillas, aquéllo se convierte en un verdadero campo de Agramante y llueven al circo cuantos objetos tienen á mano los entusiasmados espectadores que con facilidad asombrosa destruyen hasta los asientos que ocupaban para arrojarlos á la arena.

Ahora bien; ¿qué hombre que ha visto á sangre fría y aún se ha complacido de ver volar á un semejante suyo entre las astas de un toro, viéndole caer y teñir la arena con su sangre, sentirá luego compasión si presencia al salir del circo una desgracia? Parece enteramente que el pio de la humanidad es nublar el don precioso de la razón que plugo al Hacedor Supremo concederle, el asemejarse á los irracionales que carecen de inteligencia.

Y allí están las fiestas que nos caracterizan á los españoles, donde muy especialmente el pueblo bajo profiere con gran libertad palabras las más soeces, donde la conciencia en el hablar es género de contrabando; un padre que no permitiría que una hija doncella tuviese en su casa un mal ejemplo, la conduce por la mano para que escuche lo que no debiera oír, y presencia escenas de sangre que han de perjudicar precisamente á aquel candor y aquellos sentimientos delicados que forman la corona, la mejor belleza de las doncellas.

Hasta aquí el lado malo de las corridas de toros. Por más que lo he buscado no he podido encontrar el bueno.

## Variedades.

### EL MUDO

—¡Bah! los paisanos,—dijo Carlos empujando la caja donde acababa de perder la tercera partida del jaque—nada se puede hacer con ello. Durante la campaña, trataban á los prusianos mejor que nosotros. En cuanto á los franco-tiradores, los tenían como á la peste.

—Se equivoca V. mucho, querido,—dijo Pedro Nerot sin separarse de la chimenea en la que estaba apoyado.

—¿Estará V. mejor informado?—preguntó Carlos volviéndose á su silla.

—Sí, y más de una vez, y recientemente, he tenido ocasión de comprobar que durante el año terrible, corazones franceses han latido bajo la blusa tan bien como bajo el uniforme.

Había allí ocho ó diez miembros del círculo que se agruparon en torno de Pedro Nerot. Éste continuó:

—Para probar lo que he dicho voy á contar á ustedes una historia.

Hallábase el verano último en casa de un antiguo amigo de colegio, Dubrenil, médico de un pueblecito de los Vosgos.

Nos levantamos de la mesa, y nos disponíamos á dar un paseo por el bosque vecino, donde las ramas entrelazándose dormían bajo la capa de plata fundida que caía del cielo.

Dubrenil había encendido su pipa, yo mi cigarro, y ya estábamos en la escalinata, cuando un ruido de pasos nos hizo volver la cabeza.

—¡Calla! ¡El carterero!—dijo mi amigo—es pérgame un momento. Tengo que darle una carta y está arriba sobre mi pupitre.

Y entró en la casa.

Miraba yo al recién llegado. Éste era un joven de 26 á 27 años, de facciones á la vez dulces y enérgicas, la frente despejada, la mirada clara. Cuando me vió, inclinó títeramente la cabeza para saludarme.

—¡Vamosl me dije á mí mismo—este no es hablador! No dice ni buenos días.

Como su cara me atraía, me dirigí á él y le dije:

—¡Mal día, ¿he? Mucho calor hace para correr por esos campos.

Bajó la cabeza haciendo un signo afirmativo... ¿Cómo? ¿no sabe hablar?

El joven leyó en mi mirada, sonrió con una sonrisa un poco triste, llevó dos dedos á su boca y movió la cabeza...

Esta vez le había comprendido.

—¿Es V. mudo, buen amigo?—le dije.

En este momento llegaba Dubrenil con su carta en la mano y oyó la pregunta.

—Sí,—dijo,—es mudo, el pobre Juan Barrot! Pero eso no le impide prestar su servicio, porque sabe leer y escribir y oye todo lo que se le dice.

—¿No es mudo de nacimiento, entonces, puesto que no es sordo?

—No, no es mudo de nacimiento.

—¿Algún accidente entonces?

—Accidente no es palabra exacta. ¿Verdad, mi buen Juan?

El joven sonrió con aice un poco embarazado. Y tendió la mano para tomar la carta que traía Dubrenil.

Éste se echó á reír.

—Vamos, hombre, ya se empiezas á sentirte molesto. ¿Sabes que voy á contar la historia que me cuentas?

—Pues bueno, vete, no te detengas. Esperaré á que te marches.

Y Dubrenil, dándole la carta, le apretó la mano afectuosamente.

El joven saludó, volvió la espalda y echó á andar á largos pasos.

Entonces Dubrenil se cogió de mi brazo y marchando hacia el bosque me contó la historia que voy á contar á ustedes.

—Juan Barrot,—me dijo,—tenía unos quince años en la época de la guerra. Su padre, ya viejo, vivía en una casucha, al extremo de un campo, con sus dos hijos, Juan el más joven y Luis, el mayor que tenía diez años más que el otro.

Juan, demasiado joven para batirse, se había quedado en la casa.

Luis, que en la quinta se había librado por el número había partido con un cuerpo de franco-tiradores, y se había portado muy bien en dos ó tres encuentros que había tenido, y en otros servicios que venía prestando durante la campaña.

Conociendo muy bien el país, había pedido el peligroso favor de llevar los despachos atravesando las líneas alemanas que separaban al ejército de Metz del resto de Francia.

Tres veces había hecho ya ese peligroso viaje, y el viejo Barrot, que lo sabía por haberlo visto alguna noche que se escapaba á abrazarlo no pudiendo callar cosa que tanto le halagaba, había revelado las hazañas de su Luis.

Los prusianos, que lo supieron, pensaron que tarde ó temprano harían una buena captura.

Y el hecho sucedió como habían pensado.

Una noche que el hijo mayor llegó y estaba hablando en un rincón de la cocina á oscuras con su padre, se oyeron pasos fuera y la puerta golpeada por fuertes culatazos, se movió.

Estaba muy oscuro para que se le viera palidecer, pero hijo y padre se apretaron uno contra otro en un movimiento convulsivo.

La casa estaba cerrada, y ellos estaban perdidos.

De pronto Luis llamó á su hermano en voz baja:

—Juan,—le dijo,—irata de escaparte, por la claraboya del establo y escondo esto en el campo.

Habíase quitado un paquete de papeles que le vaba cosidos en el interior de su camisa, sobre su pecho y se los dio á su hermano.

Este los tomó, abrió una puerta y desapareció.

En este momento la puerta cedió y siete ú ocho soldados prusianos entraron con los revólveres en la mano.

La explicación fue corta. Manos brutales cayeron sobre los hombros de los dos hombres. El hijo espía, el padre encubridor: el crimen era capital. Serían fusilados por la mañana, y entretanto, sin perder momento, al joven le arrancaron su blusa y su camisa para registrarla, pero nada se le encontró.

—¿Dónde están los despachos que llevabas—preguntó el oficial que mandaba la tropa.

—¿Qué despachos?—preguntó Luis Barrot.—Yo no llevo nada conmigo.

—Entonces! ¿Qué había en este sitio?—replicó el oficial enseñándole la tela de la camisa con un pedazo descosido que formaba bolsillo y cuyos hilachos colgaban todavía.

—¿V. cree que yo llevaba papeles?

—Estoy seguro, y debías tenerlos hace un instante....

—Bueno, pues como no están aquí, buscadlos.

—Registrad por todas partes—gritó el oficial á sus hombres.

—Los soldados obedecieron, lo esquadriña, revolviéron las cenizas de la chimenea.... Nada, siempre nada.

En aquel momento, dos soldados aparecieron en el umbral de la puerta, trayendo al hermano pequeño por los brazos.

Estaban de centinela fuera, y acababan de sorprender al niño escurbando detrás de una empalizada.

Lo empujaron hacia el círculo de la luz trémula que proyectaba la lámpara ahumada.

El niño escondía las manos detrás de su espalda.

—¿Qué escondes ahí?—le dijo el oficial con voz ruda.

—Yo? Nada.

—Enséñame tus manos, entonces.

El niño presentó las manos, que estaban llenas de tierra.

—¡Ah! ¿eres tú, bribón?—dijo el oficial,—tú eres quien ha escondido los papeles!... ¿Dónde están?

El niño no contestó.

—Escucha—dijo el alemán.—Este es tu padre, este es tu hermano; ¿no es eso?

El niño dijo que sí con dos movimientos de cabeza.

—Pues bien! si no dices donde están los papeles, tu padre y tu hermano serán fusilados los dos. Si lo dices.... les prometó la vida.

El niño consultó á su padre con la mirada.

—Juan—le dijo el viejo,—escucha bien lo que voy á decirte: aunque nos maten delante de tí, no hables.

El niño contestó:

—Bueno.

—¡Hasta mañana, pues!—concluyó el oficial haciendo un gesto de rabia.

A la mañana siguiente, al romper el día, en la plaza del pueblo vecino, delante de la tapia de la Alcaldía, el viejo Barrot y su hijo Luis estaban de pie, con la cabeza desnuda, inmóviles y pálidos. A veinte pasos de ellos el piquete de ejecución, con las armas preparadas y descansando en su lugar. Alrededor